

encarecidamente y con muy concertadas razones le mandase sacar de aquella miseria en que vivía, pues, por la misericordia de Dios, había ya cobrado el juicio perdido; pero que sus parientes, por gozar de la parte de su hacienda, le tenían allí, y, á pesar de la verdad, querían que fuese loco hasta la muerte. El arzobispo, persuadido de muchos billetes concertados y discretos, mandó á un capellan suyo se informase del retor de la casa si era verdad lo que aquel licenciado le escribía, y que asimismo hablase con el loco; y que, si le pareciese que tenía juicio, le sacase y pusiese en libertad. Hízolo así el capellan, y el retor le dijo que aquel hombre aun se estaba loco; que puesto que hablaba muchas veces como persona de grande entendimiento, al cabo disparaba con tantas necedades, que en muchas y en grandes igualaban á sus primeras discreciones, como se podía hacer la experiencia hablándole. Quiso hacerla el capellan, y, poniéndole con el loco, habló con él una hora, y mas, y en todo aquel tiempo, jamás el loco dijo razon torcida ni disparatada; antes habló tan atentadamente, que el capellan fué forzado á creer que el loco estaba cuerdo; y, entre otras cosas que el loco le dijo, fué que el retor le tenía ojeriza, por no perder los regalos que sus parientes le hacían por que dijese que aun estaba loco y con lúcidos intervalos; y que el mayor contrario que en su desgracia tenía era su mucha hacienda; pues, por gozar della sus enemigos, ponían dolo y dudaban de la merced que Nuestro Señor le había hecho en volverle de bestia en hombre. Finalmente, él habló de manera que hizo sospechoso al retor, codiciosos y desalmados á sus parientes, y á él tan discreto, que el capellan se determinó á llevarsele consigo á que el arzobispo le viese, y tocase con la mano la verdad de aquel negocio. Con esta buena fe, el buen capellan pidió al retor mandase dar los vestidos con que allí había entrado el licenciado: volvió á decir el retor que mirase lo que hacía, porque, sin duda alguna, el licenciado aun se estaba loco. No sirvieron de nada para con el capellan las prevenciones y advertimientos del retor para que dejase de llevarle: obedeció el retor, viendo ser orden del arzobispo; pusieron al licenciado sus vestidos, que eran nuevos y decentes; y, como él se vió vestido de cuerdo y desnudo de loco, suplicó al capellan que por caridad le diese licencia para ir á despedirse de sus compañeros los locos. El capellan dijo que él le quería acompañar, y ver los locos que en la casa había. Subieron, en efecto, y, con ellos, algunos que se hallaron presentes; y, llegado el licenciado á una jaula, adonde estaba un loco furioso, aunque entonces sosegado y quieto, le dijo: Hermano mio, mire si me manda algo, que me voy á mi casa; que ya Dios ha sido servido, por su infinita bondad y misericordia, sin yo merecerlo, de volverme mi juicio; ya estoy sano y cuerdo, que acerca del poder de Dios ninguna cosa es imposible: tenga grande esperanza y confianza en él; que, pues á mí me ha vuelto á mi primero estado, también le volverá á él, si en él confía; yo tendré cuidado de enviarle algunos regalos que

coma, y cómalos en todo caso, que le hago saber que imagino, como quien ha pasado por ello, que todas nuestras locuras proceden de tener los estómagos vacíos y los cerebros llenos de aire: esfuércese, esfuércese, que el descaecimiento en los infortunios apoca la salud y acarrea la muerte. Todas estas razones del licenciado escuchó otro loco que estaba en otra jaula frontero de la del furioso; y, levantándose de una estera vieja donde estaba echado y desnudo en cueros, preguntó, á grandes voces, quién era el que se iba sano y cuerdo. El licenciado respondió: Yo soy, hermano, el que me voy, que ya no tengo necesidad de estar mas aquí, por lo que doy infinitas gracias á los cielos, que tan grande merced me han hecho.—Mirad lo que decís, licenciado, no os engañe el diablo, replicó el loco; sosegad el pié, y estaos quedito en vuestra casa, y ahorrareis la vuelta.—Yo sé que estoy bueno, replicó el licenciado, y no habrá para qué tornar á andar estaciones.—¿Vos bueno? dijo el loco; ahora bien, ello dirá; andad con Dios; pero yo os voto á Júpiter, cuya majestad yo represento en la tierra, que, por solo este pecado que hoy comete Sevilla en sacaros de esta casa, y en teneros por cuerdo, tengo de hacer un tal castigo en ella, que quede memoria dél por todos los siglos de los siglos, amen. ¿No sabes tú, licenciadillo menguado, que lo podré hacer, pues, como digo, soy Júpiter Tonante, que tengo en mis manos los rayos abrasadores con que puedo y suelo amenazar y destruir el mundo? Pero con sola una cosa quiero castigar á este ignorante pueblo, y es, con no llover en él, ni en todo su distrito y contorno por tres enteros años, que se han de contar desde el día y punto en que ha sido hecha esta amenaza, en adelante. ¿Tú libre, tú sano, tú cuerdo, y yo loco, y yo enfermo, y yo atado? Así pienso llover, como pensar ahorcarme. Á las voces y á las razones del loco, estuvieron los circunstantes atentos; pero nuestro licenciado, volviéndose á nuestro capellan, y asiéndole de las manos, le dijo: No tenga vuesa merced pena, señor mio, ni haga caso de lo que este loco ha dicho; que, si él es Júpiter, y no quisiere llover, yo, que soy Neptuno, el padre y el dios de las aguas, lloveré todas las veces que se me antojare y fuere menester. Á lo que respondió el capellan: Con todo eso, señor Neptuno, no será bien enojar al señor Júpiter: vuesa merced se quede en su casa, que otro día, cuando haya mas comodidad y mas espacio, volveremos por vuesa merced. Rióse el retor y los presentes, por cuya risa se medio corrió el capellan: desnudaron al licenciado, quedóse en casa, y acabóse el cuento.—Pues este ¿es el cuento, señor barbero, dijo Don Quijote, que, por venir aquí como de molde, no podía dejar de contarle? ¡Ah, señor rapista, señor rapista, y cuán ciego es aquel que no ve por tela de cedazo! Y ¿es posible que vuesa merced no sabe que las comparaciones que se hacen de ingenio á ingenio, de valor á valor, de hermosura á hermosura, y de linaje á linaje, son siempre odiosas y mal recibidas? Yo, señor barbero, no soy Neptuno, el dios de las aguas, ni procuro que nadie me tenga por discreto, no lo siendo; solo me fatigo por dar á entender al mundo en el error

en que está en no renovar en sí el felicísimo tiempo donde campeaba la órden de la andante caballería; pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien como el que gozaron las edades donde los andantes caballeros tomaron á su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios, y el premio de los humildes. Los mas de los caballeros que ahora se usan, antes les crujen los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman: ya no hay caballero que duerma en los campos, sujeto al rigor del cielo, armado de todas armas, desde los piés á la cabeza; y ya no hay quién, sin sacar los piés de los estribos, arrimado á su lanza, solo procure descabezar, como dicen, el sueño, como lo hacian los caballeros andantes; ya no hay ninguno que, saliendo deste bosque, entre en aquella montaña, y de allí pise una estéril y desierta playa del mar, las mas veces proceloso y alterado, y hallando en ella y en su orilla un pequeño batel sin remos, vela, mástil ni jarcia alguna, con intrépido corazón se arroje en él, entregándose á las implacables olas del mar profundo, que ya le suben al cielo, y ya le bajan al abismo, y él, puesto el pecho á la incontrastable borrasca, cuando menos se cata se halla tres mil y mas leguas distante del lugar donde se embarcó, y, saltando en tierra remota y no conocida, le suceden cosas dignas de estar escritas, no en pergaminos, sino en bronzes; mas, ahora, ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía, y la teórica de la práctica de las armas, que solo vivieron y resplandecieron en las edades del oro y en los andantes caballeros. Si no, díganme: ¿quién mas honesto y mas valiente que el famoso Amadis de Gaula? ¿quién mas discreto que Palmerin de Inglaterra? ¿quién mas acomodado y manual que Tirante el Blanco? ¿quién mas galan que Lisuarte de Grecia? ¿quién mas acuchillado ni acuchillador que Don Belianis? ¿quién mas intrépido que Perion de Gaula? ó ¿quién mas acometedor de peligros que Felixmarte de Hircania? ó ¿quién mas sincero que Esplandian? ¿quién mas arrojado que Don Cirongilio de Tracia? ¿quién mas bravo que Rodamonte? ¿quién mas prudente que el rey Sobrino? ¿quién mas atrevido que Reinaldos? ¿quién mas invencible que Roldan? y ¿quién mas gallardo y mas cortés que Rugero, de quien decien den hoy los duques de Ferrara, segun Turpin en su *Cosmografía*? Todos estos caballeros, y otros muchos que pudiera decir, señor cura, fueron caballeros andantes, luz y gloria de la caballería. Destos, ó tales como estos, quisiera yo que fueran los de mi arbitrio; que, á serlo, Su Majestad se hallara bien servido, y ahorrara de mucho gasto, y el turco se quedara pelando las barbas; y con esto, me quiero quedar en mi casa, pues no me saca el capellan de ella; y si Júpiter, como ha dicho el barbero, no lloviere, aquí estoy yo, que lloveré cuando se me antojare: digo esto, por que sepa el señor bacía que le entiendo.—En verdad, señor Don Quijote, dijo el barbero, que no lo dije por tanto; y así me ayude Dios, como fué buena mi

intencion, y que no debe vuesa merced sentirse.—Si puedo sentirme ó no, respondió Don Quijote, yo me lo sé.” Á esto dijo el cura: “Aun bien que yo casi no he hablado palabra hasta ahora, y no quisiera quedar con un escrúpulo que me roe y escarba la conciencia, nacido de lo que aquí el señor Don Quijote ha dicho.—Para otras cosas mas, respondió Don Quijote, tiene licencia el señor cura; y así, puede decir su escrúpulo, porque no es de gusto andar con la conciencia escrupulosa.—Pues, con ese beneplácito, respondió el cura, digo que mi escrúpulo es, que no me puedo persuadir, en ninguna manera, á que toda la caterva de caballeros andantes que vuesa merced, señor Don Quijote, ha referido, hayan sido real y verdaderamente personas de carne y hueso en el mundo; antes imagino que todo es ficcion, fábula y mentira, y sueños contados por hombres despiertos, ó, por mejor decir, medio dormidos.—Ese es otro error, respondió Don Quijote, en que han caido muchos que no creen que haya habido tales caballeros en el mundo; y yo muchas veces, con diversas gentes y ocasiones, he procurado sacar á la luz de la verdad este casi comun engaño; pero algunas veces no he salido con mi intencion, y otras sí, sustentándola sobre los hombros de la verdad; la cual verdad es tan cierta, que estoy por decir que, con mis propios ojos, ví á Amadis de Gaula, que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba, aunque negra, de vista entre blanda y rigurosa, corto de razones, tardo en airarse, y presto en deponer la ira; y, del modo que he delineado á Amadis, pudiera, á mi parecer, pintar y describir todos cuantos caballeros andantes andan en las historias del orbe; que, por la aprension que tengo de que fueron como sus historias cuentan, y por las hazañas que hicieron y condiciones que tuvieron, se puede sacar por buena filosofía sus facciones, sus colores y estaturas.—¿Qué tan grande le parece á vuesa merced, mi señor Don Quijote, preguntó el barbero, debia de ser el gigante Morgante?—En esto de gigantes, respondió Don Quijote, hay diferentes opiniones si los ha habido ó no en el mundo; pero la *Santa Escritura*, que no puede faltar un átomo en la verdad, nos muestra que los hubo, contándonos la historia de aquel filisteazo de Golías, que tenia siete codos y medio de altura, que es una desmesurada grandeza. Tambien en la isla de Sicilia se han hallado canillas y espaldas tan grandes, que su grandeza manifiesta que fueron gigantes sus dueños, y tan grandes como grandes torres; que la geometría saca esta verdad de duda. Pero, con todo esto, no sabré decir con certidumbre qué tamaño tuviese Morgante, aunque imagino que no debió de ser muy alto; y muéveme á ser deste parecer, hallar, en la historia donde se hace mencion particular de sus hazañas, que muchas veces dormia debajo de techado; y, pues hallaba casa dónde cupiese, claro está que no era desmesurada su grandeza.—Así es,” dijo el cura; el cual, gustando de oírle decir tan grandes disparates, le preguntó, que qué sentía acerca de los rostros de Reinaldos de Montalvan y de Don Roldan, y de los demás Doce Pares de Francia, pues todos habian sido caballeros andantes. “De Reinaldos, respondió Don Quijote, me atrevo